



Introducción

Hay momentos en los Evangelios en los que la enseñanza de Jesús se vuelve tan profunda, tan radical, que divide a los oyentes. Uno de esos momentos cruciales se encuentra en el capítulo 6 del Evangelio según san Juan. Allí, Jesús revela una de las doctrinas más desconcertantes, controvertidas y, al mismo tiempo, más sublimes de toda la fe cristiana: la Eucaristía. Esta enseñanza fue tan impactante que muchos discípulos, que hasta entonces lo seguían, decidieron abandonarlo.

Este pasaje no solo nos habla de un evento ocurrido hace más de dos mil años. Nos interpela hoy con una fuerza particular. Nos confronta con nuestra fe, nuestras dudas, nuestras prácticas litúrgicas y, sobre todo, con nuestra relación con el Santísimo Sacramento. ¿Por qué escandalizó tanto esta enseñanza? ¿Qué reveló Jesús que fue tan inaceptable para muchos? ¿Y cómo podemos, en un tiempo de confusión y tibieza espiritual, redescubrir el fuego de esta verdad para vivirla con coherencia y fervor?

Este artículo busca ahondar en las raíces teológicas de Juan 6, explorar su contexto, interpretar su contenido a la luz de la Tradición católica y ofrecer una guía pastoral y espiritual para vivir, hoy, la Eucaristía como el centro de nuestra vida cristiana.

I. Contexto histórico y literario del capítulo 6 de San Juan

El capítulo 6 del Evangelio de San Juan es una joya teológica. Comienza con la multiplicación de los panes y los peces —un milagro que prepara el corazón de los oyentes para una revelación mayor— y culmina con el conocido “Discurso del Pan de Vida”.

La secuencia es clara:

- Jesús alimenta a una multitud con cinco panes y dos peces (Jn 6,1-15).
- Camina sobre el agua para reunirse con sus discípulos (Jn 6,16-21).
- La multitud, maravillada, lo sigue, esperando más señales y alimento.
- Entonces, Jesús comienza a hablar no de un pan temporal, sino de un pan eterno: **Él mismo.**

A medida que avanza el discurso, la enseñanza se torna más misteriosa, más exigente y más concreta. Jesús no se retracta. No suaviza sus palabras. Al contrario, las repite con más fuerza.



“Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá eternamente. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.” (Juan 6,51)

Esta afirmación fue demasiado para muchos. “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” (Jn 6,52), murmuraban. Y cuando Jesús insiste, muchos “dejaron de seguirlo y no andaban con él” (Jn 6,66).

II. ¿Por qué esta enseñanza fue tan difícil de aceptar?

A lo largo del Evangelio, Jesús usa parábolas, metáforas y símbolos. Pero en Juan 6, el lenguaje que utiliza es sorprendentemente **literal y gráfico**. Utiliza el verbo griego *trōgō* (masticar, roer), no simplemente “comer”. Esto deja poco espacio para interpretaciones simbólicas. Jesús no estaba hablando de una metáfora. Estaba refiriéndose a una **realidad misteriosa pero concreta**: su carne verdadera y su sangre verdadera serían alimento.

Los judíos contemporáneos de Jesús sabían que estaba prohibido por la Ley comer carne humana y beber sangre (cf. Lv 17,10-14). Por eso, esta enseñanza parecía no solo absurda, sino **blasfema**.

Pero Jesús no da marcha atrás. No aclara: “No me han entendido, hablaba en sentido figurado”. Al contrario, reafirma cada vez con más vehemencia lo que acaba de decir:

“En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.” (Juan 6,53)

Este es un momento decisivo. Para muchos fue la ocasión de abandonar a Jesús. Para los Doce, fue la hora de reafirmar la fe, aunque sin comprender del todo. Pedro pronuncia entonces una de las frases más bellas de los Evangelios:



“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.” (Juan 6,68)

III. Dimensión teológica: El Misterio de la Presencia Real

La Iglesia ha entendido desde el principio que Jesús hablaba literalmente. Lo ha enseñado con claridad a lo largo de los siglos: **en la Eucaristía está presente real, verdadera y sustancialmente el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.**

Este es el corazón de la fe católica. Santo Tomás de Aquino lo expresó magistralmente en el himno *Adoro te devote*:

“En la cruz se escondía sólo la divinidad,
pero aquí se esconde también la humanidad.”

En la transustanciación, el pan y el vino consagrados **dejan de ser pan y vino**, aunque sus apariencias permanezcan. Se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. No como símbolo, no como recuerdo, no como representación. Sino **en realidad ontológica.**

Negar esto sería vaciar de sentido la Liturgia, traicionar el Evangelio de Juan y reducir la Misa a una mera ceremonia humana.

IV. Relevancia pastoral: ¿Por qué hoy también muchos lo abandonan?

Hoy, como en tiempos de Jesús, muchos no aceptan esta enseñanza. No necesariamente abandonan exteriormente la Iglesia, pero **la abandonan interiormente.** ¿Cómo?

- Recibiendo la Comunión sin fe en la Presencia Real.
- Acercándose a la Eucaristía en pecado mortal, sin confesión.
- Tomando la Comunión como si fuera un acto social, sin recogimiento.



- Negando la necesidad de adoración eucarística, relegándola como “devoción opcional”.

Otros, influenciados por corrientes protestantes o modernistas, ven en la Misa solo una cena simbólica, un acto de comunidad sin sacralidad.

Y sin embargo, **Jesús sigue presente en cada altar del mundo**, silencioso, expuesto muchas veces al olvido, a la irreverencia o incluso al sacrilegio.

V. Cómo vivir hoy la enseñanza de Juan 6

Este capítulo no es solo un texto para estudiar. Es un llamado urgente a transformar nuestra vida cristiana en torno a la Eucaristía.

1. Volver a la fe plena en la Presencia Real

Es fundamental creer con todo el corazón que **Cristo está realmente presente en la Hostia consagrada**. Esta fe transforma nuestra manera de comulgar, de adorar, de celebrar la Misa.

2. Recibir la Comunión con preparación

Esto implica confesarse regularmente, hacer ayuno eucarístico, acercarse con recogimiento, sin prisas ni distracciones. Y recibir la Eucaristía con reverencia, ya sea en la boca o de rodillas si uno desea expresar más amor.

3. Recuperar la adoración eucarística

La adoración al Santísimo es una respuesta de amor a un Amor escondido. Nos permite detenernos, contemplar, orar, reparar por tantos ultrajes.

“Adorado sea Jesús sacramentado en todos los sagrarios del mundo.” - Oración reparadora



4. Participar activamente de la Santa Misa

No como espectadores, sino como adoradores, unidos al sacrificio de Cristo que se actualiza sacramentalmente en cada altar. La Misa no es teatro ni reunión social. Es el **Sacrificio del Calvario renovado sin derramamiento de sangre**.

5. Educar a otros en esta verdad

Especialmente a niños, jóvenes y adultos que han crecido en ambientes descristianizados. Juan 6 debe formar parte fundamental de toda catequesis.

VI. ¿Por qué seguir creyendo cuando muchos ya no lo hacen?

Porque es **Jesús mismo** quien nos lo ha enseñado. No un Papa, no un Concilio, no un teólogo. Es el **Evangelio** el que lo afirma. Y si nos consideramos cristianos, no podemos ignorar ni minimizar esta enseñanza.

Pedro no entendía del todo, pero **creyó**. Esa es la fe eucarística. La que dice: *“Señor, no entiendo, pero creo. No veo, pero adoro. No comprendo, pero me postro.”*

La Eucaristía es misterio, sí. Pero no un enigma sin sentido. Es el misterio del Amor, del Dios que se hace alimento, del Redentor que se entrega una y otra vez para darnos vida eterna.

Conclusión

Juan 6 no es un simple capítulo de la Biblia. Es un espejo en el que la Iglesia de todos los tiempos se contempla. Algunos se escandalizan y se van. Otros, como Pedro, se quedan, no por haber comprendido, sino por haber amado.

Hoy, en una época de tibieza y relativismo, Jesús vuelve a repetir sus palabras: *“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”* (Jn 6,54). Y nosotros, ¿qué responderemos?

¿Seremos de los que se alejan? ¿O de los que se quedan y adoran?

Que María, Mujer Eucarística, nos enseñe a vivir del Pan de Vida. Que san Tarsicio, mártir de la Eucaristía, nos inspire. Que el Espíritu Santo nos dé la luz para creer y la fuerza para



Juan 6 y la Eucaristía: ¿Por qué muchos abandonaron a Jesús por esta enseñanza? | 6

adorar.

Porque no hay mayor tesoro en la tierra que un sagrario. No hay mayor milagro diario que una Misa. Y no hay mayor acto de amor que recibir con fe, devoción y reverencia al Dios vivo que se da como alimento.